

mari jungstedt

La falsa sonrisa

Traducción:

CARLOS DEL VALLE



MAEVA

*Para Bosse Jungstedt;
querido hermano, siempre estarás en mi corazón*

SUECIA



GOTLAND



Estaba tan guapa allí de pie. Vestía un traje blanco con un cinturón ancho que le ceñía la estrecha cintura. El cabello rubio recogido en un moño. Se mostraba segura con su indumentaria. Sonreía al fotógrafo, ladeaba ligeramente la cabeza. Coqueteaba frente a la cámara como de costumbre. Siempre tan arreglada, con el pelo sujeto con una cinta y su sonrisa deslumbrante. En la cocina friendo salchichas, mientras recogía manzanas en el campo, de camino al coche con los niños. Una fachada. Frágil como el cristal del marco de la fotografía. Él cogió el retrato y lo arrojó contra la pared.

Los pedazos esparcidos por la habitación eran su vida.

Las persianas bajadas impiden el paso al sol primaveral. La habitación se halla en silencio. A lo lejos, el ruido de las puertas de los coches al cerrarse de un portazo, ladridos de perros. Sirenas. La apagada conversación de los transeúntes al pasar, alguna risa que otra. El rumor de la calle, el rumor de la vida. Todo es ajeno a nosotros. Mi relato se esboza ante mis ojos. A medida que sus trazos se definen, mi mirada se torna compasiva. Ninguno de nosotros dice nada.

He vuelto a narrar un recuerdo de la infancia. Nada extraordinario, en realidad. Apenas un retazo de lo cotidiano. A pesar de que han transcurrido más de veinticinco años, la imagen aún se mantiene nítida en mi mente.

Tenía siete años cuando decidí sorprender a mi madre llevándole el desayuno a la cama. La idea se me ocurrió casi en el mismo instante en que me desperté y vi que todos dormían. Me entusiasmó. Mamá volvería a ponerse contenta; había estado tan triste el día anterior... Sentada en el sofá, llorando. Mucho tiempo. Sin parar. Yo no sabía qué le apenaba tanto. Mamá solía estar así. Lloraba y fumaba, fumaba y lloraba. Luego se pasó toda la tarde hablando por teléfono, y después nos mandó a la cama. No pude hacer nada. Mis hermanos, tampoco. También nos pusimos tristes. Pero al despertarme vi una oportunidad. Podía prepararle el desayuno.

Me levanté emocionado y fui de puntillas hasta el cuarto de baño. Confiaba en que nadie se despertara. Quería hacerlo yo solo, sin la participación de mis hermanos. Era a mí a quien daría

las gracias; me abrazaría rebosante de felicidad cuando entrara en su dormitorio con la bandeja. Y entonces todo se arreglaría.

Bajé la escalera con cuidado. Recuerdo cómo cerraba los ojos a cada crujido, aterrado ante la posibilidad de despertarla. En la cocina cogí un tazón para los cereales y una cuchara. Pero el paquete estaba en lo más alto de la despensa. No podía alcanzarlo. Cogí una silla de la mesa de la cocina. ¡Pesaba un montón! La arrastré con mucho esfuerzo por la estrecha cocina y la coloqué junto a la despensa. Me subí y me estiré para llegar al paquete. Satisfecho, rellené el plato y vertí la leche justa. Mamá era estricta con ese detalle. Tenía que ser la cantidad exacta. Ni más, ni menos. Solía tomarla con azúcar. ¿Dónde estaba el azúcar? Allí, detrás de los copos de avena. ¡Qué bien! Agarré la cuchara y la rellené con lo que consideré una cantidad suficiente, aunque no demasiada. Mamá se quejaba cuando estaba excesivamente dulce, se lo había oído decir muchas veces.

¿Qué más faltaba? Sí, claro, las rebanadas de pan. Abrí la pañera. Había pan de centeno. Skogaholm. Ya sabía leer. Mis hermanos mayores me habían enseñado. Encontré el cuchillo del pan en un cajón; ahora llegaba lo más difícil: cortar dos rebanadas. Serían suficientes y si fueran demasiadas, mamá no tendría que comérselas. Era mayor y las reglas de los niños no valían para los mayores. Lo malo era que ella odiaba las rebanadas demasiado gruesas; tenían que ser finas. Corté con el cuchillo, se torció mucho. Gruesa por arriba y delgada por abajo. Contemplé con preocupación la primera rebanada. No había quedado bien. No me atrevía a tirarla pues estaba seguro de que mamá se enfadaría. Solía quejarse de lo caro que era todo. El queso valía tanto que los niños solo podíamos tomar una loncha por rebanada. Ella siempre comía dos. Y si yo quería beber un vaso más de leche, solía poner tal cara que dejaba de insistir. Indeciso, sostuve el trozo de pan en la mano. ¿Qué podía hacer con él? No valdría. Mis esfuerzos resultarían vanos y ella no se pondría contenta con el desayuno. Todo por culpa de esa rebanada. Si no hubiera salido tan gruesa, todo habría ido bien. Ya no podría experimentar esa

expresión de total satisfacción reflejada en su rostro que tanto había deseado. Aparecería una arruga en su ceño o una mueca de desagrado en la comisura de sus labios. Todo a causa de esa maldita rebanada de pan.

Eché un vistazo al recibidor y escuché si se oía algo; los demás seguían durmiendo. Me apresuré a zamparme la rebanada para hacerla desaparecer. Lo volví a intentar y esta vez tuve más suerte. La mantequilla estaba dura y se apelmazaba al untarla. Oculté los grumos bajo el queso. Entonces tuve una idea. ¿Y si me atrevía a colocar tres lonchas en lugar de las dos habituales? ¿Se pondría aún más contenta? Pero al verlas una encima de la otra volvió a apoderarse de mí la incertidumbre. Parecían demasiadas. ¿Y si se enfadaba conmigo por despilfarrar? No me atreví a correr el riesgo y también me comí la loncha de más. Observé lo que había hecho. Ahora casi estaba listo.

En un armario encontré una bandeja y un plato. Mamá odiaba poner el pan directamente encima de la mesa. Una vez colocado todo en la bandeja me pareció que faltaba algo.

Claro, ¿cómo podía ser tan tonto? El café. No debía olvidarme del café, era lo más importante de todo. Mamá siempre tomaba café por la mañana, si no, como ella decía, no se sentía persona. ¡Y una servilleta! Tenía que haber algo con lo que secarse la boca, se enfadaba cuando no había papel en la mesa. Me apresuré a ir al comedor y arranqué un pedazo de papel de cocina. Quedó un poco roto. Lo volví a intentar y logré arrancar un pedazo entero. El roto lo estrujé y lo tiré a la basura. Por último, el café. Volví a sentirme inseguro. ¿Cómo se preparaba? Había visto cómo lo hacía ella. Y que utilizaba el termo. Teníamos uno rojo de plástico con el pitorro y la tapa negros. Necesitaba agua y café en polvo. Había un bote de hojalata en la despensa. Cogí el bote, pero me sentí indeciso. ¿Cómo se metía el café en el termo? Y además, tenía que hervir. Me di la vuelta y observé la cocina. Si se accionaban los mandos se calentaba. Al menos, eso lo sabía. Me concentré. Era lo único que me faltaba, tenía que poder hacerlo. Así mamá tendría su desayuno. Y volvería a estar

contenta. Elegí uno al azar y lo giré hasta el seis. El número más alto debería significar que calentaba más. Esperé un rato con la mano sobre el quemador. El más cercano empezó a calentarse. ¡Hurra! Volví a emocionarme, ahora sí que me hallaba cerca de la meta. Cogí el termo y abrí el grifo. De nuevo tuve que subirme a la silla para poder llenarlo hasta la mitad. Me pareció suficiente. Cogí una taza medidora y vertí unas cuantas en el agua. Si lo ponía sobre el quemador debería hervir. Orgulloso de mis recursos coloqué el termo sobre el quemador caliente. Justo en ese momento oí cómo alguien iba al cuarto de baño de arriba. ¡Maldición! ¡Ojalá no fuera ella la que se había despertado!

De repente empezó a salir humo. La humareda apestaba. Algo había salido mal. Al momento siguiente oí a mamá bajar a toda prisa por las escaleras. El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué diablos haces?—gritó, y apartó el termo de la cocina—. ¿Eres tonto? ¿Quieres quemar la casa?

La cocina se había llenado de humo. Mamá estaba crispada, vi su mirada a través de la cortina de humo. Gruñía y gritaba. Oí que mis hermanos también bajaban a la cocina. Mi hermana empezó a berrear.

—Yo sólo quería...—balbucí, dándome cuenta de que me temblaba el labio inferior. Paralizado a causa del miedo.

—¡Fuera!—vociferó—. ¡Fuera de aquí! ¡Maldito niño!—Sacudió la mano libre, mientras sostenía el termo con la otra—. Has destrozado el termo; ¿tienes idea de cuánto cuesta? Ahora tendré que comprar uno nuevo. ¡Y no tengo dinero!

La voz acabó en falsete y rompió a llorar. Escapé escaleras arriba muerto de miedo y cerré la puerta de mi habitación. Deseé poder cerrarla con pestillo. Deseé poder salir corriendo de allí y no regresar nunca más. Me arrebujé bajo la manta como un animal asustado: me temblaba todo el cuerpo. Permanecí así durante muchas horas. Sin que ella viniera.

Y el agujero en mi interior creció.

La inauguración del nuevo palacio de congresos de Visby fue uno de los momentos más importantes del año. El centro de congresos situaría a Gotland en el mapa del mundo de los negocios y ayudaría a atraer a más visitantes a la isla durante todo el año, para no limitarse solo a los turistas estivales en busca de sol. Los invitados se apresuraban hacia la entrada principal, encorvados bajo el caprichoso vendaval de abril. La orquesta de viento de Visby tocaba con pasión en medio del vendaval, los peinados se alborotaban, las corbatas revoloteaban como banderines desde los cuellos bien afeitados, y las narices recién empolvadas enrojecían.

El viento también resultaba un problema para el grupo de fotógrafos que se apiñaba junto a la alfombra roja.

Había acudido toda la prensa local. Hasta los periódicos sensacionalistas de la capital habían enviado a un par de fotógrafos famosos del continente para cubrir el evento.

El edificio resplandecía bajo el sol vespertino. Suntuoso, moderno, de cristal y hormigón, se situaba en el centro, justo al otro lado de la muralla, en el reverdecido parque Almedalen, a un tiro de piedra del mar. Según algunos, se trataba de una innecesaria obra faraónica que se comía todo el dinero de los contribuyentes. Otros alegaban que era un proyecto de futuro que beneficiaría a Gotland.

A la mayor parte de los rostros sumidos en la marea de gente la conocían bien los isleños: allí estaban los políticos municipales, los empresarios de renombre de la isla, la gobernadora y el obispo, la élite cultural y los veraneantes que habían volado desde

el continente para participar en la celebración. El número de famosos y millonarios con casa de verano en Gotland crecía cada año.

En la entrada, dando la bienvenida a los invitados, se encontraba Viktor Algård, el anfitrión de la noche y organizador de la fiesta, junto a la gobernadora y el alcalde. Se saludaban con besos en las mejillas que resonaban en el aire, y se intercambiaban frases de cortesía.

El vestíbulo se llenó rápidamente y un alegre murmullo se apoderó de él. El techo tenía una altura de al menos diez metros y la decoración era de auténtico estilo isleño, en colores claros. Jóvenes camareras se movían ágilmente entre los invitados sirviendo canapés y Moët&Chandon bien frío. Esmerados arreglos florales de lilas blancas se disponían en floreros de cristal y había velas en las mesas de apoyo repartidas por la sala. Las vistas a través de los enormes ventanales eran magníficas. Visby mostraba su lado más cautivador: Almedalen y su césped verde, el estanque con los patos y el fluir de la fuente. La muralla en parte cubierta de hiedra, y la aglomeración de casas medievales en su interior. Los restos de La Trinidad y San Lars, del siglo XIII, y la catedral, la joya de la Corona, con sus tres agujas negras elevándose hacia el firmamento. Al otro lado se extendía un mar infinito. La ubicación del palacio de congresos no podía ser mejor.

Una vez hubieron llegado todos los invitados, la gobernadora subió a un estrado situado en una esquina del vestíbulo. Se trataba de una mujer madura sofisticada, vestida de negro, con falda larga y camisa de seda. Tenía el cabello rubio corto y lucía un elegante peinado.

–Bienvenidos –comenzó, y dirigió su mirada a los engalanados oyentes–. Es un verdadero honor poder inaugurar en Visby, por fin, nuestro flamante palacio de congresos. El proyecto ha tardado cinco años y éramos muchos los que deseábamos ver el resultado. ¡Y vaya resultado!

Hizo un movimiento circular con la mano hacia la sala. Pausa artística. Como si deseara concederles tiempo para embeberse realmente de la atmósfera y el buen gusto de la decoración. El suelo gris claro era de piedra caliza isleña de Slite, las paredes estaban adornadas de contrachapado de arce y lana de borra de ovejas gocianas decoraba el largo mostrador de la recepción. Una amplia e iluminada escalera de cerezo americano conducía a la planta superior donde se serviría la cena y se celebraría el baile.

—Claro que ha habido escépticos —prosiguió la gobernadora—. Es normal que surja oposición cuando se plantean cambios. Pero creo que la mayoría comprenderá el activo que el palacio de congresos supondrá para Gotland.

Carraspeó. Lo que acababa de decir era una verdad a medias. Las protestas en contra de la construcción fueron numerosas y enérgicas. Le sorprendió que la oposición fuera tan contundente. Desde que el proyecto se dio a conocer una interminable oleada de quejas llegó al ayuntamiento y a la diputación. El debate se fue calentado en los periódicos. Se temía que los exiguos impuestos de los isleños desaparecieran en una innecesaria construcción de lujo en lugar de dedicarse a la educación infantil y al cuidado de los mayores. Los isleños recordaban recientes inversiones que habían acabado en catástrofe. Se temía que ocurriera un nuevo caso Snäck, la construcción de un hotel y una urbanización justo al norte de la ciudad que se fueron a pique y que habían costado al ayuntamiento unos cuantos millones de coronas. Cuando el proyecto fracasó, el ayuntamiento se vio obligado a venderlo a un contratista local por una mísera corona. Lo último que deseaba la población era que se repitiera el fiasco.

Por no hablar de la oposición que levantó el emplazamiento del palacio de congresos. El edificio se alzaba en medio de Almedalen, el querido parque de los isleños, y además, tapaba la vista del mar.

Los activistas medioambientales se manifestaron mientras duró la construcción atándose con cadenas. Estas acciones causaron retrasos, lo que ocasionó el encarecimiento de la obra. Ahora por

fin, a pesar de todo, estaba concluida. La gobernadora se sentía contenta de que todo hubiera acabado.

—Es difícil hacerse una idea de lo que el palacio de congresos supondrá en el futuro, pero es un paso en la buena dirección para el crecimiento de Gotland. Y se ajusta al favorable desarrollo que ha tenido lugar en la isla durante estos últimos años.

Murmullo complacido del público y cabeceos de asentimiento.

—La universidad crece cada año y hemos conseguido atraer a más estudiantes —continuó—. Nuestros jóvenes ya no necesitan abandonar la isla e irse a estudiar al continente. Algunas oficinas de la Administración se han trasladado aquí. Creo que a Gotland le espera un futuro prometedor. Los empresarios confían en el futuro y el turismo ha registrado un aumento de cuarenta mil pernoctaciones en establecimientos turísticos respecto al año pasado. Brindemos por este progreso, así como por nuestro nuevo e importante activo para promover a Gotland: ¡Salud! ¡Por el palacio de congresos!

A la gobernadora le tembló la voz y le brillaron los ojos. Su emoción era patente.

Todos los allí reunidos alzaron las copas.

Viktor Algård se sirvió una cerveza Ramlösa y miró alrededor. Hasta el momento la inauguración había transcurrido según los planes. De hecho no había razón alguna para preocuparse. Había organizado tantas fiestas en su vida que formaba parte de su rutina. Era el Bindefeld de Gotland*. Era algo mayor, tenía más barriga y carecía de la misma red de contactos. Pero no importaba. Viktor Algård vestía un elegante traje negro de corte moderno. Una camisa lila de seda rompía el conjunto con estilo y le daba un toque dandi. Pasaba de los cincuenta, pero se podía decir que se conservaba bien. Apenas tenía arrugas en el rostro expresivo y amable, excepto cuando reía, cosa que hacía con frecuencia. Aún poseía una espesa melena oscura y esa noche la llevaba peinada hacia atrás. Le llegaba hasta los hombros. Tenía la piel aceitunada, una herencia de su padre tunecino, al igual que los ojos negros y los labios carnosos. Se sentía a gusto consigo mismo y con su apariencia.

Observó satisfecho el salón de banquetes del hipermoderno edificio con espacio para mil invitados.

Organizar una inauguración tenía algo de especial, ser el primero de todos en la arena. Había planeado el evento minuciosamente a lo largo de meses. Había pulido los detalles hasta el último momento.

Alzó la mano para saludar a la gobernadora, que esbozó una sonrisa. Entendía que se sintiera orgullosa. El único contratiempo

* Michael Bindefeld es un conocido organizador de eventos sueco. (N. del T.)

había sido el viento, que los obligó a celebrar el brindis de bienvenida en el interior. Pero qué importaba eso cuando el champán era caro y las copas estaban relucientes.

Subió la escalera que conducía a la cocina para comprobar que todo iba como debía. Allí dentro la actividad era frenética, ocho cocineros trabajaban para que los platos quedaran perfectos. Estaban preparando el primero. El menú consistía en salmón y *parfait* de limón con queso feta y crema de rúcula, a continuación rosbif de cordero marinado en mostaza con verduras gratinadas y de postre, *pannacotta* de *nougat* con frambuesas marinadas en cordial de flor de saúco. Isleño y sofisticado. Antes de regresar al bar les lanzó unos gritos de ánimo a los cocineros que sudaban frente a los fogones. Constató satisfecho que las copas se rellenaban con rapidez. Al comienzo era importante no escatimar con la bebida, pues había que poner a tono a los invitados tan pronto como fuera posible. Los manteles de algodón estaban perfectos y las camareras vestidas de blanco se afanaban en encender las velas de los candelabros de plata. Se presentaba una noche redonda.

El vestíbulo estaba en pleno revuelo. A juzgar por las risas y el alborozo, los invitados se estaban animando.

Algo más allá se encontraba su amada entablando una amena conversación con dos de los artistas más famosos de la isla. Embutida en su vestido de color rojo fuego y con el cabello platino estilo paje, se la distinguía con facilidad del resto de invitados. Era casi como una princesa, a no ser por los modales. Se reía a carcajadas y subrayaba las palabras con ademanes exagerados mientras relataba alguna de sus innumerables anécdotas. Ambos oyentes, pegados a ella, seguían la conversación extasiados.

Esbozó una sonrisa y le lanzó una mirada enamorada cuando pasó veloz junto a ella.

Habían comenzado la relación hacía dos meses. Sucedió durante la inauguración de una exposición que él había organizado. Ella deambulaba entre los cuadros, entablaron conversación y resultó tan agradable que se fueron juntos. Caminaron junto al mar

y acabaron yendo a cenar. Cuando se separaron por la noche él se había enamorado.

De momento nadie conocía su relación. Habían decidido esperar para mostrar su amor abiertamente. Visby era tan pequeña, todo se comentaba y su divorcio de Elisabeth aún no estaba resuelto. No deseaba hacerle más daño del necesario. Elisabeth era tan débil, tan frágil en todos los sentidos...

Al contrario que su amada.

En realidad al inspector Knutas le desagradaban ese tipo de eventos. Conversaciones frívolas y una zalamería efusiva que resultaba todo menos real. En la mayoría de los casos no mantenía una conversación interesante en toda la noche. Line le convenía de ir. Knutas era comisario jefe de homicidios desde hacía casi veinte años y el puesto estaba sujeto a ciertas obligaciones. Había cosas a las que uno no podía negarse. La inauguración del nuevo palacio de congresos era importante para la isla. Además, a Line le gustaba salir. Knutas pensaba que su mujer era un genio social. Podía hablar de una forma natural y comprometida con quien fuera que se cruzara en su camino y conseguía entablar conversaciones fluidas con el más modesto funcionario del ayuntamiento o con el cantante de pop más famoso del país. No entendía cómo lo hacía.

Esa noche vestía una túnica verde hierba con flores de seda bordadas y había dejado que su larga melena pelirroja le colgara hasta la cintura como si fuera una náyade. Sus pálidos brazos pecosos gesticulaban animados desde el otro lado de la larga mesa a la que estaba sentada, en diagonal a él. No podía dejar de sonreír.

Por una vez había tenido suerte con la colocación a la mesa. Estaba sentado junto a Erika Smittenberg, la encantadora mujer del fiscal jefe. Una tonadillera de Ljugarn que escribía sus propias canciones y baladas y solía actuar en centros sociales y pequeños bares de la isla. A Knutas siempre le había fascinado el matrimonio Smittenberg, eran tan distintos que resultaba cómico. El fiscal Birger Smittenberg era alto, agradable en tono mesurado,

pero aburrido y correcto en todas las situaciones. Su mujer, en cambio, era bajita y rellena, y tenía una risa estridente que hacía vibrar las copas de la mesa y que los invitados sorprendidos volvieron la cabeza continuamente hacia ellos. Knutas se lo pasaba en grande en su compañía y hablaban de todo menos de su trabajo, lo que él apreciaba. El tema de conversación al que dedicaron más tiempo fue el golf, uno de los grandes intereses del policía. La isla era un lugar perfecto para practicarlo gracias a sus espacios abiertos y su clima templado. Erika le contó unas historias hilarantes sobre sus penurias cuando comenzó a jugar unos años atrás.

La primavera había llegado y la hierba estaba verde. El sol brillaba cada día más y calentaba la tierra y las gélidas almas invernales. Uno de estos días tendría que ir a Kronoholmen, su campo de golf favorito. Hacía mucho tiempo que no jugaba. Quizá mañana, pensó. Si para el viento. ¡Ojalá pudieran acompañarle sus hijos! Le parecía que según se hacían mayores, la relación con ellos empeoraba. Los gemelos pronto cumplirían diecisiete años y estaban en el primer curso de bachillerato. Era increíble lo rápido que pasaba el tiempo.

De pronto, sintió cómo Erika, jugueteando, le daba un empujón en el costado.

—¿Qué clase de compañía eres? —Puso morritos, aparentando disgusto, pero en su rostro se dibujó una sonrisa—. ¿Es que estás soñando?

—Disculpa —respondió. Esbozó una sonrisa y alzó la copa—. Toda esta conversación sobre el golf me ha hecho añorar Kronoholmen. ¡Salud!

La pista de baile pronto se llenó de gente que seguía los tonos románticos de la orquesta. Ya habían tomado café y se había abierto el bar. La fiesta seguía su curso, constató Viktor Algård. Había superado el momento más delicado de la noche. Servir una cena para más de quinientas personas era siempre una empresa exigente, pero el servicio había funcionado de maravilla. Ahora los invitados comenzaban a abandonar los sitios asignados a la mesa para buscar la compañía deseada. Unos se dirigían a la pista de baile, otros se acomodaban en los sofás que bordeaban la sala.

Viktor Algård intercambió unas palabras con el personal de servicio y se aseguró de que todo transcurría según lo previsto. Pronto podría tomarse una pausa bien merecida. Buscó a su amada con la mirada, pero no pudo localizarla entre la muchedumbre. Deseaba estar un rato a solas con ella. Si es que podían escabullirse sin ser vistos. Lo más probable era que su compañero de mesa la hubiera invitado a bailar. Echó un vistazo al reloj. Eran las doce menos cuarto. La cena se había prolongado más de la cuenta, lo cual era una buena señal. Desde el primer momento el ambiente en torno a las mesas fue de lo más animado y las personas tuvieron mucho de qué hablar. La sorpresa de la noche aparecería en escena a las doce en punto, así que lo mejor que podía hacer era esperar a que empezara el show. Le dio un sorbo al agua mineral y dejó volar su mente. El rostro de su mujer apareció ante sus ojos. La mirada acusadora. Como si ella supiera. No mostraba sorpresa. Su matrimonio llevaba en punto muerto desde hacía tiempo, vivían juntos aunque en la actualidad sus caminos raramente se

cruzaban. Residían en un lugar apartado, en una gran casa de campo en Hamra, en Storsudret. Elisabeth se dedicaba a tejer en el establo que había acondicionado como estudio. Tenía la sensación de que ella no lo necesitaba. Él se concentraba en el trabajo y en su rica vida social. Había hecho muchos amigos durante todos estos años. A Elisabeth no le gustaban las fiestas. Era una solitaria, aborrecía eventos como ese. La migraña que la había aquejado esa tarde era seguramente una excusa para no tener que asistir. Su recurso eficaz cuando surgía algo que no le gustaba. Nadie podía cuestionarla mientras yacía en la cama, el dormitorio a oscuras y una toalla sobre la frente. De hecho para él era un alivio, pues así podía escabullirse a casa de su amada con toda tranquilidad, en lugar de dormir en la cabaña de invitados.

Cuando ese enamoramiento subversivo lo atrapó, se hizo evidente la monotonía de su matrimonio. La mujer de sus sueños entró en su vida y puso patas arriba su existencia. Lo absorbía. Entonces comprendió por entero todo lo que había echado de menos. La pasión. El deseo. El interés. Disfrutar de la compañía de alguien. La unión. El sentimiento de pareja.

Los niños se habían mudado hacía tiempo, vivían en el continente, tenían su propia vida. Anhelaba ser libre y no tener que andar más con tapujos.

Sus reflexiones eran constantemente interrumpidas por personas que deseaban conversar, agradecerle la bonita fiesta o solo estrecharle la mano. Él sonreía a un lado y a otro, contento de que se sintieran satisfechos.

Entonces la música paró y fue sustituida por un redoble de tambores. Se apagaron las luces y unos focos iluminaron el escenario. Hacia allí se dirigió la atención de todos los presentes. Había llegado el momento de la sorpresa de la noche.

Cuando Afrodite, el conocido grupo musical, apareció en el escenario el público estalló en aplausos. Las bellas y atractivas Kayo Shekoni, Gladys del Pilar y Blossom Tainton no solo cantaban como diosas del *soul* sino que también poseían un entusiasmo, un humor y un encanto que compartían con generosidad.

Viktor Algård pensó que había pocos artistas en Suecia con esa *star quality* y se sintió satisfecho de haber conseguido su asistencia. Se dejó llevar por el grupo que hacía cinco años se había ganado el corazón de los suecos al cosechar una gran victoria en el festival de Eurovisión. De repente, sintió cómo alguien le cogía del brazo.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Parecía contenta y acalorada, con el rostro brillante. Le relucían los ojos.

—Bien, estaba esperando que aparecieras. Pensaba hacer un descanso, aprovechando la actuación. ¿Me acompañas?

—Disculpen...

De pronto el camarero se encontraba junto a ellos y alargó una bebida.

Viktor le oyó susurrar:

—Para la señora, de parte de un admirador.

—¿Qué? —rio ella, y miró desconcertada alrededor—. ¡Uy! La gente no pierde el tiempo.

Observó sorprendida la bebida de colores chillones.

—¿De parte de quién?

El camarero señaló al otro extremo de la barra.

—Vaya, al parecer se ha ido.

Ella se dio la vuelta hacia Viktor.

—Tengo que ir al baño. ¿Dónde nos vemos?

Él señaló una escalera que había detrás del bar.

—Baja por allí, esa parte está cerrada al público, así nadie nos molestará.

—No tardo. ¿Puedes guardarme el vaso?

—¡Sí, claro!

Viktor Algård le comunicó al camarero que se ausentaría un rato, luego se esfumó antes de que le abordara algún invitado más con ganas de hablar. Quizá nadie lo echara de menos, todos estaban concentrados en lo que sucedía en el escenario.

En el sótano había un pequeño bar y unos cuantos sofás; una puerta conducía a una terraza de suelo de piedra que daba a una calle lateral desierta. Salió por ella, encendió un cigarrillo y miró el mar. Disfrutó de la tranquilidad; en la oscuridad lo único que se oía era el rumor de las olas que rompían en la playa.

Dio un par de profundas caladas al cigarrillo.

La temperatura había descendido considerablemente, y tiritó. El frío le obligó a apagar el cigarro y regresar. Se sentó en un sofá, colocó un par de cojines en el respaldo, se arrellanó y cerró los ojos. Le embargó un repentino cansancio.

De repente, un sonido cercano lo sobresaltó. Un ligero tintineo que procedía del ascensor de empleados. No podía verlo desde el sofá, pero sabía que se encontraba al doblar la esquina, junto a la salida a la terraza. Se quedó paralizado. Su amada no había tenido tiempo para regresar del cuarto de baño.

Escuchó preocupado; lo último que deseaba ahora era la compañía de extraños.

Se oían claramente la música y el ruido de la planta de arriba, aunque distantes. Dirigió la mirada hacia el bar cerrado pero no vio a nadie. Echó un vistazo a la calle. Se encontraba igual de oscura y desierta que antes. ¿Se habría colado alguien mientras salió a fumar? Se había alejado un trecho por la terraza y le había dado la espalda a la puerta. Los pensamientos oscilaban de un lado a otro en su preocupada mente. Ahora reinaba de nuevo el silencio.

Volvió la cabeza a izquierda y derecha, todo era fruto de su imaginación. Quizá se trataba de una pareja que se había escabullido de la fiesta en busca de un rincón apartado. Esas cosas sucedían en todas las conmemoraciones. Y lo habrían visto sentado en el sofá. Le echó un vistazo al reloj. Habían transcurrido diez minutos. Ella debería llegar en cualquier momento.

La bebida resultaba tentadora y sintió sed. Se estiró para alcanzar el vaso.

Al tragar sintió que una llama ardiente le recorría la garganta. Sujetó sorprendido el vaso frente a sí, estudió el contenido. El

sabor era áspero, le recordó algo, pero no pudo definirlo. También sintió un olor penetrante.

En ese mismo instante le embargó una sensación de mareo; le costaba respirar, violentas convulsiones recorrieron su cuerpo. Se puso de pie con esfuerzo, dio unos pasos titubeantes, procuró articular la palabra «socorro», intentó gritar. Sus labios no articularon ni un solo sonido. La habitación se tornó borrosa.

Viktor Algård perdió el equilibrio y se desplomó.